

Sucedió mañana

EL REGRESO

POZUELO

LE despertó el frío de la madrugada. Una sensación antigua, la misma de otras madrugadas en el pequeño cuarto de su infancia. Con la ventana sobre la cama; y arriba, en el cañón del patio interior, un fragmento de cielo. Pero antes el cielo era un raso oscuro punteado de estrellas; ahora, un resplandor rojizo y bajo que devolvía las luces de la ciudad. Le habían explicado que la polución —la basura— borraba ahora las estrellas. «¿Y los murciélagos? —había preguntado—; antes había un vuelo recortado, rígido, de murciélagos a la luz de los faroles. ¿Por qué ya no hay murciélagos? Nadie le había respondido. Le siguieron hablando de los índices de contaminación; las órdenes del gobernador contra las calefacciones, las del alcalde contra los automóviles; la dificultad de adaptar las industrias, la impaciencia de los ecologistas. «¿Y en París, como lo han resuelto?», le preguntaron; no contestó.

Se arrebujó en las mantas, como cuando era niño y le asaltaba este mismo frío de la madrugada. Y la angustia se le echó encima. Como siempre, con unos minutos de retraso sobre el momento en que se despertaba. El recuerdo de la conversación en la consulta del médico; la pequeña conferencia ante la transparencia de las radiografías, los comentarios a los análisis. En resumen, la presencia de la muerte. Y su decisión de volver, por fin, a la ciudad.

Un exiliado que vuelve tarde. Tan tarde que ya no es exiliado; ni siquiera ha vuelto. Solo unos días. Se dice a sí mismo que hace como los elefantes, que cuando siente la muerte van por sí mismos al cementerio. Esta ciudad es la antesala del cementerio. La comprobación de la nada. Ha paseado durante todo el día, solo. Comprobando la nada. Aquí estuvo la cochera de los tranvías y su enorme chimenea que nunca humeaba; chirriaban los vehículos —amarillos, desvencijados— al tomar la curva, y el conductor lanzaba

a la vía arena que llevaba en un depósito junto al motor de dibujo modernista, fabricado en Charleroi, Belgique. Un poco más allá, otra chimenea con un penacho blanquiazul fuertemente perfumado, la de la Casa Gal, daba frente al abrupto edificio de la Cárcel Modelo. Debajo, las mesas de madera de la cervecería del Laurel de Baco; y el vendedor de yo-yos. En la puerta del Instituto había entonces una pareja de guardias, que pasaban la mañana charlando con el traficante de novelas pornográficas, que unos niños compraban o vendían. Ya no queda nada.

—Hicimos barricadas el 7 de noviembre —ha contado, durante la cena, a sus sobrinos—; aún siento en la mano la aspereza de los adoquines que arrancábamos del suelo, el tejido y el peso de los sacos terrosos...

Le parece que le escuchan con indulgencia y un poco de aburrimiento. Será una impresión suya. Tampoco la casa de su hermano es la misma. Han bajado el techo del pasillo, ya que no le parece tan largo ni tan lóbrego como cuando inventaban fantasmas. Han empapelado en colores claros. No está la máquina donde cosía su madre: la figura que le viene a la memoria es borrosa, inexacta. Sospecha que no es siquiera la de su madre, sino la de la Vieja Singer. Y el hermano de los juegos infantiles es este hombre declinante, de melena blanca y aparato de sordo que apenas le permite seguir la conversación; sospecha que hay también algo de arterioesclerosis. Pero el hermano no lo dice, como el no dice lo suyo. Mantiene una jovialidad que no puede ser cierta.

—Todo ha dejado de estar, aunque a veces hay algo que todavía está en su sitio —ha explicado—. Todavía encuentro el zaguán de un portal, largo y profundo; pero está rodeado de otras cosas. O la muestra de una tienda. Pasa una anciana y me empeño en reconocer en ella el gesto, el pasito menudo y alegre, de alguna muchacha de entonces...

Ha venido a verlo; o no verlo,

Ahora ya sabe por qué nunca quiso volver a su ciudad. Y por qué ni siquiera quiere morir aquí. Morirá, cuando llegue el momento apuntado en las radiografías, en París. Su familia es francesa. A él le da igual ser francés que español, que cualquier cosa. Su patria se murió antes que él. Es perfectamente consciente de lo ridículo que resulta estar seguro de que la patria es una doble fila de acacias —de pan y queso— en unos bulevares que ya no hay, camino de unos cafés que ya no existen, donde estaban unas personas que ya murieron, o se dispersaron. Y si alguna existe, ya es otra, siendo la misma, como la ciudad, como la casa, como su hermano. ¿Cómo él? No está seguro. Su patria es un lugar que ya no existe en un tiempo que ya caducó.

Lo cuenta a medias a sus sobrinos, a la pared sonriente que es su hermano.

—Es una pesadilla, una incertidumbre, un estar y no estar... Esto ya no tiene nada que ver con lo mío. Es vuestro país; no mi país...

El sobrino mayor apunta:

—Tampoco es muy seguro que sea nuestro país... Es el país de ellos. Tan poco nuestro como tuyo.

«Ellos» van saliendo en una conversación intrincada, difícil. Donde todo vuelve a aparecer inseguro, inexacto, inconcreto. Suárez no es enteramente Suárez, pero tampoco deja de serlo. Está ahora dependiendo del próximo congreso de UCD; pero tampoco UCD es algo entero y claro, sino repleto de dependencias.

—Es un gobierno gobernable —ha dicho su hermano; y no sabe si atribuirlo a su pérdida mental, o a una lucidez—. Es un gobierno bueno para ellos, pero a condición de que sea siempre inestable y amenazado, y que parezca que ni siquiera es de ellos...

Le parece reconocer viejos reflejos de metal al sol, o viejos manteos, que vuelven. Los murciélagos; ellos, no...

—No se sabe bien cual es el papel de Landelino Lavilla, y qué poderes recoge. Para Martín Villa es un poco tarde y un poco pronto. Y Abril Mar-



torell no sabemos bien quien es...

Se cansa, no entiende.

-¿Y los nuestros?

El hermano vuelve a reír con su risa opaca de sordo.

-Los nuestros somos tú y yo. Ni siquiera estos son ya de los nuestros. Mis hijos son otra cosa.

Se cortan la palabra el uno al otro, los dos sobrinos, para explicar que los modelos ya no existen. Le explican el abandono del eurocomunismo de los catalanes; un prosvietismo que no es prosvietismo, una duda entre las diferencias que hay entre el leninismo y la revolución de octubre. Le cuentan los zarpazos -de gato- de Carrillo a Tamames, de Tamames a Carrillo... El ha ido buscando algunos símiles para entender. Todavía lo de Suárez lo puede encasillar en aquel Gil Robles o aquel Lerroux. Pero lo de los que fueron los suyos ¿cómo puede sopor-

tar que no sea más que una intriga de teatro de boulevard?

-Yo mismo no soy de los míos -dice, por hacer una gracia- el sobrino más pequeño.

-¿Cómo lo consigues?

-Bueno... Trato de no comprometerme en nada, de no prenderme en nada... Les doy a ellos lo mínimo, y ellos me dan lo mínimo. Unas horas de trabajo en las que hago lo menos que puedo por unas monedas cortas, las menos que me pueden dar.

-Así no se puede vivir...

-¿Quién te ha dicho que estemos viviendo? De lo que tratamos es de que no nos vivan. Conservar todo lo posible de nuestra propiedad humana.

-Para hacer ¿qué?

-Para no hacer nada...

La sobremesa de la cena se ha ido diluyendo. Temas reales. El hermano evoca el recuerdo de la esposa muert-

ta -aparece como un fantasma sonrosado y activo, un grillo del hogar, una Teresa entre los pucheros, una compañera dulce y energética; pero ¿cómo sería, en realidad?-, los sobrinos explican que ahora los amores son intensos y breves y que cuando la pareja se va viendo comprometida, se abandonan los dos alegremente, para no llegar nunca a más; para no perder la independencia, para no «estropearlo», dicen ellos. El cuenta que está jubilado -à la retraite, ha estado a punto de decir-, pero que su esposa todavía trabaja, dirigiendo una escuela de barrio. Los hijos están casados con francesas, van a verles los domingos. «En mi casa se habla más francés que español.»

-Se perdieron las raíces -comenta el hermano-

Las raíces, en realidad, se pudrieron. Aquí mismo.

Fueron pronto a dormir. A él le han dado su cuarto de niño; pero no le devuelven las estrellas. Se adormeció pronto -dos píldoras-, pero ahora le despierta el frío de la madrugada. Rememora la jornada, pero no su vida.

Enciende un cigarrillo. Qué más da, a estas alturas, la prohibición. Se da cuenta de que le ha vuelto en este cuarto, un antiguo reflejo de aprendiz de fumador: coge el pitillo con el índice y el dedo gordo, lo lleva a una boca redonda y como glotona. Va a aplastar la colilla contra el ladrillo de entonces, pero han puesto moqueta. Le da igual.

Se va adormeciendo a medida que entra -color de agua con anís, turbia- la primera luz del día. Se le aparecen los enormes castaños de indias del Boulevard Malesherbes, cuando va por la tarde a recoger a su mujer al colegio; un paseo de retirado, con «Le Monde», debajo del brazo (para buscar, lo primero, si hay algo de España; una costumbre de cuando creía en España). Pierde poco a poco consciencia. Con la dulzura, con el descanso, de pensar que uno de esos sueños ya no tendrá salida. ■